

Sandra Miró

TAL Y
COMO
ERES



Tal y como eres

Sandra Miró

Esencia/Planeta

© Sandra Miró, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Bodysport y User19205626 / Freepik

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-08-24019-8
Depósito legal: B. 11.082-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Valencia, 16 de agosto de 2004

—¡MARCOOO! —grita Clara.

—¡POLOOOOOOOOOOOO! —responden las otras niñas antes de meter las cabezas bajo el agua y bucear para que no las pillen.

Hoy, en casa de los Rueda Torres están de celebración.

¡Es el cumpleaños de las mellizas!

Aunque..., bueno, técnicamente solo es el cumpleaños de Clara, ya que Karen nació a las 00.16 horas del 17 de agosto.

Pero eso nunca les ha impedido celebrarlo juntas.

De hecho, les encanta.

—¿De verdad no se cansan nunca de ese juego? —se queja Tatiana.

—Llevan una hora con lo mismo... —le responde Carlos.

Ambos son primos de las mellizas, y parece que están algo cansados de oír una y otra vez lo mismo.

—Vosotros también jugabais a eso hace nada. Os acordáis, ¿no? —comenta irónicamente la tía Cecilia.

Todos los años, la familia celebra los cumpleaños de las pequeñas en la casa que el abuelo tiene en Cullera.

Aprovechan siempre que pueden para ir allí. Ya sea verano, días festivos o fines de semana.

Cecilia mira a su alrededor, el chalet está lleno de gente.

Niños y niñas jugando mientras los mayores toman el sol, charlan y beben algo fresquito.

—Cecilia, ¿sabes dónde está Karen? —le pregunta María José, la madre de las mellizas.

Cecilia sabe lo que está haciendo su sobrina, y es consciente de que no será del agrado de la madre, como casi nada de lo que hace la pobre cría.

—Está allí jugando —responde señalando la parte más alejada del jardín.

María José mira hacia donde esta le indica y ve a un grupo de niños y niñas jugando con las pistolas de agua. Acto seguido, deja escapar un sonoro suspiro.

—Siempre igual con Karen, no hay manera... —se lamenta—. Yo no sé para qué le compro ropa, si todo acaba igual.

Cecilia niega con la cabeza.

—Lo que no sé yo es cómo se te ocurre ponerle un vestido nuevo hoy, Marijose —musita observando cómo la niña corretea y se aparta el pelo mojado de la cara.

María José mira a su cuñada y pone los ojos en blanco. Para ella lo primero es la apariencia, y, si pudiera volver atrás, le pondría el mismo vestido.

—Venga, vayamos a por las tartas —dice Cecilia.

Ambas mujeres se dirigen a la cocina.

—Joanot —María José llama la atención de su marido—, prepara la cámara y diles a las niñas que se sequen y vengan a la mesa. Voy a por las tartas.

Él asiente sin mirarla, está hablando con sus dos hermanos.

Llegan a la cocina.

María José abre la nevera, saca dos cajas rosas y las coloca en la encimera.

Como se las ha encargado a su cuñada, aún no las ha visto. Abre ambas cajas y arruga el ceño.

—¿Por qué no son iguales? —No tarda en quejarse.

Cecilia duda qué responder, pero al final opta por ser sincera.

—Que sean mellizas no quiere decir que sean iguales... Les pregunté de qué les gustaría que fueran las tartas y, como ves —dice señalando una de ellas—, Clara me pidió que fuese de Blancanieves, mientras que Karen me dijo que la quería de Scooby-Doo.

María José mantiene el semblante serio. No le hace ni pizca de gracia ese cambio de planes.

—¡Cómo se nota que no tienes hijos! —exclama—. Esto puede crear envidias y peleas; eres consciente, ¿no?

A otra persona podría haberle dolido el comentario, pero a Cecilia le da igual. Precisamente, su matrimonio no va tan bien como para pensar en bebés.

María José no está contenta con las tartas. Fue muy clara con su cuñada acerca de la decoración de las mismas. Debían ser las dos iguales y de princesas.

—Deja que las niñas vean las tartas y ya veremos si hay algún problema —propone Cecilia, pues sabe que no habrá ninguno.

Ha pasado muchas horas con las pequeñas como para saberlo. De hecho, a veces siente que las conoce mejor que sus propios padres.

—Toma, cuñada, las velas —dice sacándolas de su bolso para intentar cambiar de tema.

María José coloca un número 9 en cada tarta.

Cecilia enciende las velas y, una vez han cogido los pasteles, se dirigen al jardín.

En cuanto ponen un pie fuera de la casa, todo el mundo comienza a cantar al unísono el *Cumpleaños feliz*.

Las cabezas de las dos niñas pelirrojas se giran y sus ojos se iluminan al ver las tartas.

Madre y tía ponen las tartas frente a ellas.

—No olvidéis pedir un deseo —les dice Cecilia al dejar la suya delante de Karen.

En cuanto entonan la última nota de la canción, todo el mundo aplaude.

Las mellizas se miran, sonríen y soplan las velas.

Su madre se acerca para comenzar a repartir los pasteles y que todo el mundo los disfrute.

—¿Qué habéis pedido? —Se interesa.

—Es un secreto —responde Karen de manera cortante.

Hay tensión entre ellas, Cecilia se da cuenta.

María José les da un platito con una porción de tarta a cada una. Karen lo coge y se aleja.

Rápidamente su tía se hace con una porción de pastel para ella y se acerca a la niña. Luego se sientan en un banco.

—¿Qué tal la tarta? ¿Te gusta?

—¡Me encanta! Y encima de Scooby-Doo —responde la pequeña mientras mastica.

Durante unos segundos se quedan calladas, disfrutando del dulce.

Cecilia se fija en cómo María José posa para hacerse una foto con Clara, pero no llama a su otra hija.

—Cariño, ¿pasa algo con mamá?

La niña la mira muy seria.

—Siempre pasa algo con mamá...

La tía se queda callada, prefiere dejar hablar a Karen.

—Esta mañana hemos ido a la peluquería porque ella quería

que estuviéramos guapas para esta tarde —le explica—. Nos ha preguntado si queríamos hacernos algo especial, y Clara ha dicho que quería flequillo, como Daphne de Scooby-Doo. Y la ha dejado.

—Clara está muy guapa con flequillo —opina Cecilia.

Karen asiente.

—Sí, está muy guapa. Pero cuando yo le he dicho que quería cortarme el pelo corto como Vilma, la otra chica de Scooby, no me ha dejado —añade enfadada.

Cecilia mira muy seria a su sobrina.

—¿Por qué?

Karen deja el plato con la tarta sobre el banco.

—Porque el pelo largo es de chicas y el pelo corto es de chicos —responde gesticulando mientras imita a su madre.

A Cecilia le hace gracia, pero no está nada de acuerdo con la respuesta que María José le ha dado a su hija.

—¿Y yo qué soy? —replica.

Karen mira a su tía, que siempre lleva el pelo corto, más corto de lo que ella le ha pedido a su madre.

—Según mi madre, no eres una chica. Pero según yo sí lo eres; el pelo da igual, tía.

—Exacto —dice Cecilia—. El pelo da igual. Cada uno lo lleva como quiere, ya sea chico o chica.

Karen asiente y luego pregunta mirando a su madre:

—¿Tú crees que mamá me dejará cortarme el pelo algún día? Su tía suspira.

—Seguro que sí, cariño —miente.

Conoce cómo piensan su cuñada y Joanot, y Karen lo tiene complicado.

Las dos disfrutan de la tarta mientras charlan de todo un poco, hasta que María José llama a la niña.

Es hora de abrir los regalos.

Las mellizas se sientan y empiezan a abrir los regalos que les van dando.

—¡Qué guay, un collar de corazón! —exclama Clara al abrir una cajita.

Karen abre otra igual y saca el mismo collar.

—Qué bonito —dice.

«Qué manía de regalarles cosas iguales por ser mellizas... Ni que no tuvieran cada una su propia personalidad», piensa Cecilia.

Su madre les da entonces otro regalo más grande.

Clara lo desenvuelve y ve un disfraz de princesa.

—¡El que yo queríaaaaaa! —exclama.

Karen ve el regalo de su hermana e imagina que el suyo es el disfraz de Power Ranger negro que le pidió a su padre.

Pero..., no, es otro disfraz rosa de princesa.

María José se lo quita de las manos a ambas.

—Esto no os lo podéis poner hoy, que lo mancháis.

—Jopéééé —se queja Clara.

Para Karen, en cambio, la noticia supone un alivio.

Las niñas abren ahora dos CD de música.

—¡El que yo quería! —exclama Karen al ver el disco de Merche.

—Y yo el de Bisbal —añade Clara con una sonrisa—. Qué bien, así podemos ponerlos en la minicadena que nos trajeron los Reyes Magos.

Poco después abren unos diarios.

—¡Qué guay! —dice Karen, contenta de ver por fin cosas que sí ha pedido.

—Qué chulos, el mío tiene una flor rosa y el tuyo una mariposa azul —comenta Clara.

Y, minutos después, llega el último regalo. El paquete más grande.

Su madre les explica que es para las dos, por lo que tendrán que compartirlo.

Las mellizas creen saber qué es. Tras mucho hablar entre ellas en la habitación, Karen consiguió convencer a su hermana para pedirles a sus padres un Scalextric por su cumpleaños.

Entre las dos rompen el envoltorio y ven el gran regalo.

—¡Qué bonitaaaaa! Así podemos jugar con las Barbies —grita Clara emocionada.

Karen le sonrío a su hermana y luego mira la caja.

Es una enorme caravana rosa de Barbie.

La niña mira a su tía y esta, viendo su cara, sonrío y le muestra los pulgares arriba. Pero Karen simplemente alza los hombros.

* * *

Horas más tarde solo quedan adultos en casa, así que María José y Joanot mandan a las mellizas a su habitación.

Ellas lo hacen sin rechistar y se sientan en el suelo con todos los regalos.

—Cuántas cosas nos han regalado hoy —comenta Clara.

Con el CD en las manos, Karen responde sin mucho entusiasmo:

—Sí, ojalá fuese nuestro cumple todos los días.

—¿Te han traído todo lo que has pedido?

Ella mira a su alrededor.

—No, pero estos regalos están bien —miente.

Clara nota que su hermana no está muy contenta.

—Dame, que pongo el disco en la minicadena.

Alarga el brazo y coge el CD de Karen.

Lo mete en el aparato y toca los botones. Al cabo de unos minutos suena *Abre tu mente*, de Merche.

Las niñas bailan y disfrutan de la música durante un rato, lo que consigue animar a Karen.

Cuando ya están cansadas, se sientan en la cama.

Clara se queda mirando los diarios que les han regalado.

—¿Tú sabes qué se escribe en un diario?

—No sé..., ¿secretos?

Karen se levanta y coge los dos diarios.

Le da el de la flor a su hermana.

—¿Se pueden poner deseos?

Karen mira dentro del diario.

—No tiene instrucciones —dice.

Tras unos segundos, pensando, Clara propone algo:

—¿Y si hacemos una lista de las cosas que queremos para cuando seamos mayores?

—¿Como qué?

—Yo quiero ir siempre vestida de princesa.

Karen arruga la cara.

—¿Podemos poner cosas distintas?

—Claro. Tú pones lo que tú quieras en tu diario y yo pongo lo que yo quiera en el mío.

Karen sonríe y a continuación escribe:

DESEOS PARA CUANDO SEA MAYOR:

- Cortarme el pelo.